

Un libro de descubrimiento de AB

LA REGRESIÓN DE THOMAS

SALLYANNE
CASTLETON



La regresión de Thomas

por
Sallyanne Castleton

Primera publicación: 2025

Derechos de autor © AB Discovery
Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser
reproducida, almacenada en un sistema de
recuperación, transmitida en ninguna forma, por
ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia,
grabación o de otro tipo, sin el permiso previo por
escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o
muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

La regresión de Thomas

Título: La regresión de Thomas

Autor: Martin Coster

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2025

www.abdiscovery.com.au

ESTE LIBRO y todos los títulos de AB Discovery ahora
también están disponibles en audiolibro.

CONTENIDO

Capítulo 1: Noches de consuelo	5
Capítulo 2: Fines de semana de libertad.....	8
Capítulo 3: Pañales más allá del hogar	11
Capítulo 4: Una cuna y nuevos comienzos	14
Capítulo 5: Biberones y Babydolls	17
Capítulo 6: Bragas, camisones y leche	20
Capítulo 7: Leche y pequeños momentos.....	23
Capítulo 8: Pequeños amigos	26
Capítulo 9: Pequeños pasos hacia Lily.....	29
Capítulo 10: Aceptación y secretos.....	32
Capítulo 11: Totalmente Lily	35
Capítulo 12: Pequeños amigos, pequeños secretos.....	38
Capítulo 13: La primera pijamada.....	41
Capítulo 14: Alicia y Lily	44
Capítulo 15: Las madres hablan.....	46

Capítulo 1: Noches de consuelo

La luz de la mañana se filtraba suavemente a través de las cortinas pálidas, tiñendo la habitación de Thomas de un suave resplandor plateado. Yacía arropado bajo una cálida manta rosa, su pequeño cuerpo abrigado en el grueso y seguro pañal que había formado parte de su vida desde que tenía memoria. El familiar crujido bajo él le recordó su reconfortante peso. Esa noche, como tantas noches anteriores, contenía tanto humedad como la comodidad, más pesada, de un pañal sucio.

—¿Thomas? —La dulce voz de su madre llegó desde la puerta—. ¿Estás despierto, cariño?

Thomas se movió, abrazando a su conejo de peluche. "Mm... no realmente, mami", murmuró.

Ella sonrió, entró y se arrodilló junto a la cama. Le apartó el pelo de la frente con la mano. "¿Tuviste otra noche desastrosa?"

Thomas asintió, con un ligero rubor tiñendo sus mejillas. "Sí... No lo logré otra vez. Intenté despertar..."

Su madre rió suavemente, un sonido lleno de calidez y consuelo. «No te preocupes, cariño. Nunca te ha gustado mucho ir al baño, y siempre has preferido los pañales, incluso para algo más que mojarte. Siempre lo he sabido. No pasa nada, Thomas».

Desde su mecedora en la esquina, su abuela añadió con conocimiento de causa: «Nunca ha sido como los demás niños. Siempre ha necesitado pañales, día y noche, mojado o... otras cosas también. ¿Y sabes qué? Así es como es más feliz».

Thomas se retorció ligeramente, sintiendo el peso de su pañal contra él. Era pesado, suave y sucio, pero estaba a salvo. Era él. Siempre se había ensuciado por la noche, y lo sabía. No había vergüenza allí, solo aceptación.

La regresión de Thomas

—Mamá... —susurró, con voz débil y vacilante—. ¿Crees... que algún día... podré ir al baño?

Su madre negó con la cabeza suavemente, sonriendo con cariño. «No, cariño. Hay niños que no están hechos para eso, y tú nunca has sido uno de ellos. Siempre has necesitado pañales, mojados o sucios, y eso está perfectamente bien. Me encanta eso de ti. No tienes que cambiar».

Thomas dejó escapar un suave suspiro, hundiendo su cuerpo en la comodidad de su pañal sucio. "Me... me gustan, mami. Me gusta ser... pequeño. Y... ensuciar."

—Lo sé, cariño —dijo su madre, echándole el pelo hacia atrás—. Y siempre lo he aprobado. Noches sucias, noches mojadas... nunca has hecho nada malo siendo tú mismo. Nunca has necesitado ser como nadie más.

Su abuela rió suavemente. «Creo que es más feliz así que cualquier niño grande. Siempre ha sido un bebé en el fondo, y le sienta bien».

Thomas acarició a su conejo con el hocico. "Me gusta... el crujido... y... el calor... y... cómo me hace sentir seguro".

Su madre se inclinó y le dio un suave beso en la frente. «Entonces, así seguiremos, Thomas. Noches, fines de semana... todo el tiempo si quieres. Mojado, sucio... da igual. Eres nuestro pequeño, y estoy orgullosa de que seas exactamente como eres».

—¿En serio? —susurró Thomas, con los ojos muy abiertos por el alivio.

—De verdad —dijo con firmeza—. Eres perfecta tal como eres, cariño. Y te cuidaremos, pase lo que pase.

Su abuela sonrió. «Y siempre lo ha sido, ¿verdad? Incluso de pequeño, incluso cuando todos los demás se iban. Siempre ha necesitado pañales... y siempre los necesitará».

Thomas rió suavemente, retorciéndose bajo las sábanas; el peso de su pañal sucio lo reconfortaba extrañamente. "¿En serio? ¿Incluso cuando... me ensucio?"

La regresión de Thomas

"Siempre", dijo su madre, rozándole la mejilla con ternura. "Puedes ser un desastre, puedes estar mojado, puedes ser pequeño... y siempre te querré y te aprobaré".

Esa noche, cuando las dos mujeres se levantaron para salir de su habitación, la pequeña mano de Thomas saludó débilmente. «Buenas noches, mami. Buenas noches, abuela».

—Buenas noches, mi amor —dijo su madre con dulzura—. Duerme tranquilo en tu pequeño mundo esta noche. Desordenado, mojado... y perfecto.

La puerta se cerró suavemente tras ellos. Thomas se acurrucó aún más entre las mantas; el grueso pañal, ya sucio, crujía bajo él, un suave recordatorio de quién era y quién sería siempre en casa: seguro, amado y perfectamente pequeño.

Capítulo 2: Fines de semana de libertad

La luz del sábado por la mañana despertó suavemente a Thomas. Bostezó y se estiró; el grueso pañal debajo le resultaba cálido y familiar. A diferencia de las mañanas de colegio, donde vestía su ropa habitual, los fines de semana eran diferentes. Los fines de semana eran su momento para ser completamente pequeño.

—Mamá... Abuela... —llamó la vocecita de Thomas mientras salía de su habitación con paso lento en camisón, que crujía a cada paso—. ¡Buenos días!

Su madre sonrió desde la cocina, trayendo una bandeja con un biberón de leche caliente. «Buenos días, cariño», dijo. «¿Dormiste bien con el pañal puesto?»

Thomas asintió con entusiasmo. "Sí... un desastre... pero bonito".

Su abuela rió entre dientes desde la sala. "Siempre te despiertas feliz después de una noche con pañales sucios, ¿verdad, pequeño?"

Thomas sonrió, rebotando ligeramente en su pañal grueso, mojado y sucio. "¡Me gustan los pañales... siempre!"

—Siempre lo has hecho, cariño —dijo su madre con dulzura—. Y siempre lo harás, si eso es lo que te hace feliz.

Thomas se arrastró hasta la alfombra en medio de la sala, extendiendo sus muñecas y juguetes. "¡Voy a jugar con mis bebés!", exclamó. Alineó cuidadosamente a sus muñecas, arrullándolas y colocando mantas sobre sus diminutas figuras. Incluso cambió con

La regresión de Thomas

cuidado a una de ellas, imitando el cuidado que su madre le brindaba cada mañana.

Al observarlo, su madre y su abuela intercambiaron miradas de complicidad. «De verdad que todavía es... un bebé, ¿verdad?», susurró su abuela.

—Sí —coincidió su madre—. Nunca ha querido superar esto con la edad. Incluso mojarse... ensuciarse... es parte de él. Obligarlo a parar solo lo haría infeliz.

Thomas se acercó a su madre, tirando suavemente de su mano. "Mami... ¿puedes ayudarme a alimentar a mis bebés?"

"Claro, cariño", dijo ella, sentándose a su lado y entregándole un biberón. Thomas rió con deleite, poniendo el biberón en la boca de una muñeca, fingiendo alimentarla con cariño. "Igual que yo te alimento", dijo en voz baja, apartándole un mechón de pelo de la frente.

Chilló alegramente. "¡Sí! ¡Igual que tú!"

Durante toda la mañana, Thomas permaneció con su pañal grueso, gateando, arrullando y jugando. De vez en cuando, se retorcía un poco al sentir que se mojaba o se ensuciaba en el pañal, pero estaba completamente cómodo. Era natural para él. Su madre lo vigilaba discretamente, asegurándose de que estuviera cómodo, sin regañarlo ni forzarlo a usar el baño.

Al mediodía, la madre de Thomas le habló con dulzura a su abuela. "¿Sabes?... es muy feliz así. Solo con pañales. Día y noche. No solo en casa, sino... quizás hasta la escuela lo entienda algún día".

Su abuela asintió lentamente. «He estado pensando lo mismo. Es demasiado pequeño, demasiado infantil... no está hecho para ir al baño ni para crecer rápido. Está... mejor así. Con todos los cuidados necesarios».

Thomas los oyó, con un ligero rubor en sus mejillas. "¿En serio, mami? ¿Puedo... seguir siendo pequeño todo el tiempo?"

—Sí, cariño —dijo con cariño, sentándolo en su regazo—. Siempre, si quieras. Mojado, sucio, gateando, jugando con tus muñecas... Aún no tienes que ser un niño grande.

La regresión de Thomas

Las risas de Thomas llenaron la habitación mientras se acurrucaba en sus brazos. "Me gusta eso... Me gustan los pañales... ¡y ser pequeño!"

Su abuela rió entre dientes. «Y siempre lo serás, pequeño. Nunca has sido otra cosa. Naciste para que te cuidaran así».

A medida que la tarde avanzaba, Thomas seguía jugando, durmiendo la siesta y explorando con su grueso pañal. Su madre y su abuela lo observaban en silencio, con el corazón lleno de amor y comprensión. Comprendieron, con más claridad que nunca, que Thomas no era solo un niño al que le gustaban los pañales. Era un bebé de corazón, y tratar de sacarlo de este mundo solo le arrebataría su felicidad.

Al anochecer, Thomas se acurrucó en una manta en el sofá, con el pañal grueso y calentito, exhausto por jugar todo el día. "Mamá... Abuelita... Me gusta ser yo", murmuró.

—Y tú nos gustas, cariño —dijo su madre suavemente, cepillándole el pelo—. Tal como eres.

Thomas sonrió, sintiéndose completamente seguro, cuidado y profundamente comprendido. Para él, el fin de semana le había demostrado una vez más que los pañales, el desorden y los juegos infantiles no eran algo de lo que avergonzarse. Estaban en casa.

Y su madre y su abuela sabían, sin lugar a dudas, que su pequeño Thomas pertenecía por completo a ese mundo de cuidados, amor y nutrición, tal como siempre había sido.

Capítulo 3: Pañales más allá del hogar

Llegó la mañana del lunes, fresca y radiante, pero Thomas no se sentía nervioso como la mayoría de los adolescentes. Estaba envuelto en un camisón rosa suave sobre su pañal grueso y sucio, y por primera vez, su madre le había prometido que la escuela podría adaptarse a su vida en pañales.

—Thomas —dijo su madre mientras le cepillaba el pelo—, recuerda que no tienes que esconderte. Tu escuela lo entiende y la enfermera te ayudará. Mojado, sucio... No pasa nada.

Thomas asintió con entusiasmo; el peso de su pañal lo reconfortaba bajo el suave camisón. "Está bien... Mamá..."

De camino a la escuela, llevaba en la mano su botellita de leche. Su madre sonrió. «Pensé que te apetecería beber algo antes de irnos. Como en los viejos tiempos».

Thomas sonrió. "¡Sí! ¡Biberón!" Bebió con entusiasmo; el calor y el sabor familiar de la leche lo hacían sentir seguro y pequeño, como siempre en casa.

Al llegar a la escuela, la enfermera, una amable señora llamada Sra. Linton, los recibió con una cálida sonrisa. "Thomas, o mejor dicho... pequeño, he oído que te ayudaremos a estar cómodo todo el día".

Thomas se sonrojó, pero sonrió. «Sí... por favor...»

Durante toda la mañana, Thomas permaneció con el pañal puesto. Algunos compañeros lo notaron enseguida.

"Espera... ¿está usando...?" susurró un niño.

La regresión de Thomas

“Sí... Él... usa pañales”, respondió una niña con los ojos muy abiertos.

Algunos rieron o bromearon suavemente, pero algunos sonrieron para animarlos. Un niño, a quien Thomas había notado incómodo, susurró: «Yo... yo también sigo usando pañales nocturnos. Quizás... No pasa nada».

Thomas sintió una pequeña chispa de orgullo y consuelo. Incluso allí, en público, había indicios de comprensión.

Durante un momento discreto, la Sra. Linton ayudó a Thomas a cambiarse, asegurándose de que estuviera seco y cómodo sin vergüenza. Thomas sintió una familiar sensación de calma que lo invadió. Mojado, sucio, pequeño... no tenía por qué esconderse.

Después de la escuela, Thomas regresó a casa con ganas de disfrutar del verdadero consuelo que había echado de menos durante el día. Su madre lo ayudó a acomodarse en el sofá y le dio un biberón calentito.

—Aquí tienes algo especial, mi pequeño —dijo en voz baja—. Solo para ti.

Thomas lo tomó con entusiasmo, sintiendo la nostalgia y la alegría de ser cuidado. Bebió lentamente, sintiendo el calor que lo recorría, sintiéndose pequeño, amado y seguro.

Su abuela se unió a ellos, acomodándose en su mecedora. «Mira, cariño», le dijo a Thomas, «puedes ser tú mismo. Pañales, biberones, todo. No eres un niño grande y nunca tendrás que serlo».

Thomas sonrió entre sorbos. «Me gusta ser yo mismo... pequeño... y... desordenado».

—Y nos gustas exactamente así —dijo su madre, cepillándole el pelo con suavidad—. Mojado, despeinado, pequeño... Es perfecto.

Al anochecer, mientras Thomas jugaba tranquilamente con sus muñecas en la sala, las mujeres intercambiaron una mirada, conscientes de que no era solo un niño al que le gustaban los pañales. Era total, completa y profundamente un bebé.

“Quizás...”, le susurró su madre a su abuela, “sea hora de que consideremos dejarlo... ser pequeño todo el tiempo. Incluso en la escuela. Es más feliz así”.

La regresión de Thomas

Su abuela asintió. «Sí... Thomas debería estar en pañales, con biberón y todo. No hay necesidad de apresurarlo para que crezca».

Thomas gateó hacia ellos, con su camisón crujiendo sobre el grueso pañal, aferrado al biberón. "Mamá... Abuela... Me gustan los pañales... y los biberones... y ser pequeño".

Su madre y su abuela sonrieron con el corazón lleno. «Y te mantendremos así, mi pequeño», dijeron al unísono. «Para siempre».

Para Thomas, fue un día de primeras veces: su vida escolar con pañales había comenzado, sus compañeros habían empezado a comprender y la suave tranquilidad de los biberones y el juego en casa le recordaban que, pasara lo que pasara, siempre estaría seguro, amado y pequeño.

Capítulo 4: Una cuna y nuevos comienzos

La mañana del sábado llegó con la suave calidez del sol primaveral. Thomas se despertó en camisón, con el grueso pañal abrigado y pesado debajo de él. A diferencia de los días de escuela, los fines de semana eran su momento para ser completamente pequeño, y hoy le deparaba una nueva sorpresa.

"Thomas", llamó su madre desde el pasillo, "tengo algo especial para ti".

Thomas se arrastró hacia la voz, agarrando con sus pequeñas manos su conejo de peluche. "¿Qué pasa, mami?"

Su madre sonrió y lo condujo al dormitorio. Allí, en un rincón, había una pequeña cuna de color pastel, apenas más grande que la que había usado de bebé. El colchón era suave, las mantas calentitas, y dentro había unas almohadas diminutas y un muñeco de peluche cuidadosamente colocados.

—Ay... Mamá... —susurró Thomas con los ojos muy abiertos— . ¡Es... mi cuna!

—Sí, cariño —dijo con dulzura, arrodillándose a su lado—. Pensé que te gustaría tener un lugar donde dormir donde te sientas realmente pequeño... como cuando eras un bebé. Aún encajas perfectamente.

Thomas se metió en la cuna de inmediato, dejándose envolver por el tamaño y la seguridad que le resultaban familiares. "Es... agradable... acogedor... como volver a ser muy pequeño", murmuró con la voz llena de asombro.

La regresión de Thomas

Su abuela, observándolo desde su mecedora, sonrió con complicidad. «Siempre has sido más feliz en un espacio de tu tamaño. Camas grandes... sillas de adulto... no son adecuadas para alguien como tú».

Thomas apoyó la cabeza en una pequeña almohada, abrazando a su conejo. "Me gusta... Me gusta ser pequeño... y... desordenado", dijo en voz baja, con el pañal grueso y sucio bajo él como un consuelo constante.

Su madre asintió, echándole el pelo hacia atrás. "Y eso nos encanta de ti. Por eso hoy vamos a hacer algunos pequeños cambios... cosas que te ayudarán a sentirte aún más como tú mismo".

Los ojos de Thomas brillaron. "¿En serio? ¿Qué cosas?"

Se agachó, levantó con cuidado su camisón y le mostró unas braguitas suaves de color pastel. "Estas son para que las uses encima de los pañales. Son solo para divertirte, para que te sientas súper especial y pequeño".

Thomas dudó un momento, luego sonrió y asintió. "Vale... me gusta".

Luego, levantó un camisón rosa un poco más largo, suave como una nube, perfecto para acurrucarse y jugar con sus muñecas. "Esto será para dormir... y para jugar en casa".

Thomas se metió en su cuna, poniéndose el camisón encima del pañal. Se rió mientras se lo ponía. "¡Es suave... y bonito... como un camisón de bebé de verdad!"

Su abuela rió entre dientes. «Y no te olvides de las muñecas, Thomas. Siempre te han encantado. Jugar es importante para ser pequeño».

Thomas colocó con entusiasmo sus muñecas a su alrededor, arrullándolas y alimentándolas con un biberón que le dio su madre. La leche tibia fluía hacia las diminutas bocas de plástico, y sintió la misma dulce satisfacción que cuando era un bebé.

Mientras jugaba, su madre le susurró a la suya: «Es tan pequeño... quizá algún día sea más que solo jugar. Quizás esté destinado a algo más... a abrazar esta faceta de sí mismo por completo».

La regresión de Thomas

Su abuela asintió lentamente. «Sí... Así es más feliz. Mojado, sucio, con pañales, biberones, muñecas... y ahora, incluso en su propia cuna. Pertenece plenamente a este mundo de ser pequeño».

Thomas, completamente absorto en alimentar y cuidar a sus muñecas, levantó la vista y gritó de alegría. "¡Mamá... Abuelita... me gusta... me gusta ser yo... pequeño... y... desordenado!"

Su madre y su abuela se sonrieron con el corazón lleno. «Y nos gustas exactamente así», dijeron al unísono. «Todo mojado, todo desordenado, todo pequeño... perfecto Thomas».

El día transcurrió entre risas, siestas en la cuna, biberones y cuidados suaves y juguetones. El peso familiar de su pañal y la acogedora seguridad de su cuna le recordaron a Thomas que podía ser pequeño, querido y plenamente él mismo, sin preocupaciones, sin vergüenza y sin necesidad de crecer antes de estar listo.

Capítulo 5: Biberones y Babydolls

El sol de la mañana despertó lentamente a Thomas. Bostezó, acurrucándose más en su cuna. Abrigado y seguro en su pañal, sintió la comodidad familiar que había conocido toda su vida. Hoy, sin embargo, su madre le había hecho un pequeño anuncio la noche anterior: el biberón ahora formaría parte de cada comida.

—Thomas, el desayuno está listo —llamó su madre suavemente—. Y tu biberón te espera.

Los ojos de Thomas se iluminaron. "¡Biberón! ¡Sí!". Salió gateando de la cuna; el crujido de su pañal mojado y sucio le recordó la seguridad que siempre le brindaba. Se dirigió a la cocina, donde había un biberón de leche caliente en una bandeja junto a un pequeño plato de comida suave y fácil de comer con los dedos.

—Ahora todas las comidas, mi pequeño —dijo su madre con dulzura, echándole el pelo hacia atrás—. Mañana, tarde y noche. Igual que cuando eras bebé.

Thomas rió entre dientes y cogió la botella con entusiasmo. "¡Sí, mami! ¡Me gusta!"

Mientras bebía, su abuela lo observaba desde su silla. «Está tan feliz así», susurró. «Todo mojado, todo pequeño y cuidado. No tiene nada de malo que sea tan infantil».

Después del desayuno, Thomas gateó hasta su rincón de juegos, donde sus muñecas estaban cuidadosamente sentadas sobre una manta suave. Su madre le entregó un pequeño conjunto: un vestido rosa pastel con suaves volantes.

—Toma, cariño —dijo—. Pruébate esto con tus muñecas... y quizás también para ti después.

Thomas dudó un momento y luego sonrió tímidamente. "Bueno... quiero... jugar un poco".

La regresión de Thomas

Vistió con cuidado a uno de los muñecos, imitando los movimientos que su madre hacía con él. La satisfacción de cuidar a otra persona, combinada con la comodidad de su grueso pañal y su suave vestido, lo hacía reír.

"Tienes un don natural", dijo su madre suavemente, cepillándole el pelo. "Te encanta cuidar a tus muñecas... igual que a nosotras nos gusta cuidarte a ti".

Para la hora del almuerzo, Thomas ya estaba listo para su siguiente biberón. Su madre colocó un biberón tibio junto a un platito de puré de verduras. "Aquí tienes tu comida, pequeño", dijo. "Primero bebe, luego come un poco si quieres. Ahora los biberones son para todas las comidas. No tienes que usar la taza si no quieres".

Thomas levantó el biberón con entusiasmo. "¡Gracias, mami!", dijo, bebiendo la leche tibia. Su pañal crujío ruidosamente bajo él mientras se movía en la suave alfombra, completamente a gusto.

Durante todo el día, Thomas permanecía con el pañal puesto, jugando con sus muñecas, arreglando las mantas y hablándoles con suaves arrullos y susurros. Su madre, de vez en cuando, lo ayudaba a cambiarse discretamente, siempre con una sonrisa amable. Su cuna lo esperaba cerca para las siestas; su pequeño y seguro espacio era perfecto para su tamaño.

—Ya está, cariño —dijo su madre después de un cambio—. Estás perfecto así. Mojado, desordenado, pequeño... y bien cuidado.

Por la tarde, Thomas había reunido a todas sus muñecas alrededor de su cuna, colocándolas como si estuvieran en una guardería. Se metió en la cuna él mismo, con el grueso pañal pesado y calentito debajo, y bebió del biberón mientras arrullaba a sus juguetes.

—Eres tan feliz así —dijo su abuela en voz baja, observándolo—. Completamente pequeño... completamente cuidado... y completamente tú mismo.

La madre de Thomas asintió. «Exactamente. Mojado, sucio, con pañales, biberones en cada comida... y jugando como una niña. Así es más feliz. No hay necesidad de apresurarlo, no hay necesidad de presionarlo para que crezca».

La regresión de Thomas

Thomas se llevó el biberón a los labios y rió, reconfortado por la calidez y la dulzura. "¡Me gusta... ser pequeño... y desordenado... y tener mis biberones!"

—Y tú nos caes bien, cariño —susurró su madre, acariciándole el pelo—. Tan chiquitito, tan despeinado... tan perfecto, Thomas.

El día dio paso a la noche, con siestas en la cuna, suaves arrullos para las muñecas y juegos apacibles. Para Thomas, cada biberón, cada crujido de su pañal, cada risita y cada palabra susurrada a sus muñecas reforzaban una sola verdad: estaba a salvo, era amado y era perfectamente pequeño.

Y su madre y su abuela sabían, sin lugar a dudas, que ese mundo de pañales, biberones y juegos infantiles era exactamente donde él pertenecía.

Capítulo 6: Bragas, camisones y leche

Esa mañana, Thomas se despertó en su habitación, mientras la luz del sol proyectaba un cálido resplandor sobre la cuna de su pequeño. Abrigado y seguro en su pañal, bostezó y se estiró, sintiendo el familiar crujido bajo él. Hoy, sin embargo, le traería nuevas experiencias.

—Thomas —llamó su madre con dulzura desde la puerta, sosteniendo una pequeña bandeja—, tu biberón está listo. Y después... tenemos una sorpresita para ti.

Thomas salió gateando de la cuna, riendo. "¡Biberón! ¡Sí!" Bebió con entusiasmo, la leche tibia deslizándose con facilidad, un reconfortante recordatorio de cuánto lo cuidaban.

Cuando terminó, su madre sonrió y le mostró unas braguitas suaves de color pastel. "Son solo para divertirte, cariño", explicó. "Se ponen sobre el pañal. Para que te sientas súper pequeño y abrigado".

Los ojos de Thomas se iluminaron. "¿En serio? ¿Por encima de mi pañal?"

—Sí, cariño. Seguirás estando completamente cómodo —dijo su madre, ayudándolo a ponérselas. La suave tela se estiraba sobre el grueso pañal, abrigado y seguro. Thomas se retorcía alegremente, riendo al sentir el crujido del pañal contra la sedosa tela.

Su abuela lo observaba desde su mecedora, con una leve sonrisa en los labios. «Siempre pensé que le gustaría algo suave y bonito en lugar de sus pañales. Es... natural que lo disfrute. Siempre ha sido pequeño de corazón».

Luego, su madre le regaló un camisón suave color pastel, lo suficientemente largo como para cubrirlo, pero holgado y cómodo para gatear y jugar. "Para jugar y dormir la siesta, cariño. Algo calentito mientras estás en casa".

La regresión de Thomas

Thomas se puso el camisón con entusiasmo, abrazando a su conejo y retorciéndose de alegría. "¡Es suave! ¡Me encanta!"

Su madre asintió. «Me alegro, cariño. Y tenemos algo más de qué hablar». Miró a su madre, que se inclinó hacia delante en su silla. «He estado pensando... como es tan pequeño y le encanta el biberón, quizás deberíamos considerar... volver a darle el pecho».

La mirada de su abuela se suavizó, pensativa. «Tiene sentido. En el fondo, sigue siendo un bebé. Se siente cómodo con los pañales, disfruta ensuciándose... le encanta el biberón. La lactancia materna podría ser otra forma de nutrirlo plenamente».

Su madre asintió, apartándole un mechón de pelo de la cara. «Exactamente. Solo lo haríamos en casa, en privado. Pero podría ayudarlo a sentirse seguro, querido y completamente pequeño... como cuando era más pequeño».

"Estoy de acuerdo", dijo su abuela. "No se trata de nada más. Se trata de cuidarlo, consolarlo y dejarlo seguir siendo pequeño. Así es más feliz".

Mientras tanto, Thomas había estado acomodando sus muñecas en el suelo. «Mamá... Abuelita... ¿puedo alimentar a mis bebés?», preguntó, cogiendo un biberón diminuto y poniéndoselo en la boca a una muñeca.

—Claro, cariño —dijo su madre sonriendo—. Igual que bebes del biberón, tú también puedes cuidarlos.

Thomas rió, alimentando a sus muñecas con cuidado. El suave crujido de su pañal se oía bajo su camisón. "¡Me gusta esto... ser pequeño... alimentar a mis bebés... y tener mis biberones!"

Su madre y su abuela intercambiaron una mirada, ambas con el corazón lleno. «Así es más feliz», susurró su abuela.

—Sí —dijo su madre suavemente, acariciando el pelo de Thomas—. Todo mojado, desordenado, con pañales... con biberones en cada comida... y quizás algún día también mamando. Está a salvo, querido y tal como debe ser.

Thomas se metió en su cuna, con el grueso pañal abrigado bajo el suave camisón, y abrazó a su conejo. La cálida luz del sol, el crujido del pañal, las suaves telas y la presencia cariñosa de su madre

La regresión de Thomas
y su abuela lo rodeaban. Era completamente pequeño,
completamente cuidado... y completamente él mismo.

Capítulo 7: Leche y pequeños momentos

Abrigado por su pañal y abrigado por su camisón color pastel, Thomas bostezó y se estiró; el familiar crujido bajo su cuerpo le recordaba reconfortantemente su lugar en el mundo. Hoy sería diferente. Su madre le había prometido algo muy especial.

"Thomas", dijo suavemente, sentándose junto a su cuna, "hoy vamos a intentar algo solo para ti... para hacerte sentir extra pequeño y seguro".

Thomas parpadeó adormilado y luego preguntó: "¿Qué pasa, mamá?"

Ella sonrió y lo levantó con cuidado. «Es leche... pero un poco diferente. Volverás a tomar el pecho, como cuando eras bebé. Solo aquí en casa, conmigo. Nadie más tiene que verte».

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par con una mezcla de curiosidad y emoción. "¿En serio...? ¿Como un bebé?"

—Sí, cariño. Solo para ti —dijo, acomodándolo en su regazo. Su abuela lo observaba con una sonrisa amable y un gesto de aprobación. —Es perfecto para él —susurró—. Es más feliz cuando está bien cuidado con pañales, biberones y... pequeños momentos de leche como este.

Thomas se movió ligeramente, su grueso pañal crujiendo bajo el camisón color pastel, y se acurrucó más cerca. "¡Lo... lo quiero!", susurró con entusiasmo.

Su madre lo acomodó con suavidad, sosteniendo su pequeño cuerpo, y Thomas se prendió con cuidado. El calor y la dulzura de la leche lo llenaron de una profunda sensación de consuelo y seguridad.

La regresión de Thomas

Suspiró feliz, sintiendo el cariño familiar que había extrañado desde la infancia.

—Aquí tienes, mi pequeño —murmuró su madre, acariciándole el pelo—. Todo sano y salvo, todo amado, todo pequeño.

Thomas arrulló suavemente, y la alimentación rítmica lo tranquilizó por completo. "Me... me gusta esto... ser pequeño... tener mi leche... mi pañal..."

—Sí, cariño —dijo su madre, rozándole la mejilla—. Todo está perfecto. Mojado, desordenado, pequeño... cuidado al máximo. Siempre has sido más feliz así.

Después, Thomas se quedó acurrucado en el regazo de su madre, con el crujido del grueso pañal contra su pierna recordándoles a ambos su absoluta pequeñez. Pronto, estaba ansioso por volver a jugar, gateando hacia sus muñecas.

“¿Puedo alimentar a mis bebés también, mami?”, preguntó.

“Claro, cariño”, dijo, entregándole un biberón. Thomas alimentó con esmero a cada muñeca, arrullándolas y mimándolas, deleitándose con la suave imitación del cuidado que él mismo recibía.

Su abuela se inclinó hacia delante. «De verdad que es un bebé en el fondo, ¿verdad? Biberones, pañales, ahora pecho... y juegos con muñecas. Es un niño pequeño y feliz».

“Sí”, asintió su madre. “Es más feliz cuando lo cuidan por completo. Mojado, sucio, con pañales, biberones en cada comida... y ahora también con un poco de leche materna. Todo esto lo hace sentir seguro y querido”.

Thomas regresó a su cuna, con el grueso pañal calentito bajo su suave camisón, y abrazó a su conejo. La calidez de la leche, el suave crujido bajo él y la atenta presencia de su madre y su abuela lo hicieron sentir completamente seguro.

“Me gusta ser pequeño... todo pequeño... y desordenado... y tomar mi leche”, susurró, con los ojos cargados de satisfacción.

—Y así nos gustas, mi amor —dijo su madre suavemente, acariciándole el pelo—. Tan pequeño, tan mojado, tan amado... perfecto Thomas.

La regresión de Thomas

El día se alargó con más juegos de alimentación de muñecas, siestas en la cuna y la comodidad del pañal todo el tiempo. Thomas se sintió completamente seguro, cuidado y extremadamente pequeño, tal como siempre había sido y siempre había deseado ser.

Capítulo 8: Pequeños amigos

Thomas se despertó con un suave estiramiento, su grueso pañal crujiendo bajo el camisón color pastel con el que había dormido. Bostezó y abrazó a su conejo, sintiendo la calidez y la comodidad de ser completamente pequeño. Hoy sería un día especial: su madre le había dicho que tendrían una pequeña visita, alguien que era... como él.

—Thomas —llamó su madre suavemente desde el pasillo—, tu biberón está listo, y después... alguien viene a jugar.

Thomas parpadeó somnoliento y luego sonrió. "¿En serio, mami? ¿Un amigo como yo?"

—Sí, cariño —dijo con cariño—. Alguien a quien también le gusten los pañales, los biberones y ser pequeña.

Después de un biberón caliente, Thomas se puso un camisón suave de color pastel sobre su grueso pañal y unas braguitas que su madre le había puesto encima. La textura cremosa bajo la tela sedosa era reconfortante y le recordaba lo seguro que se sentía.

Cuando sonó el timbre, Thomas gateó hasta la puerta, tirando de ella con sus deditos. De pie en el porche había un niño de su misma edad, vestido con un pelele color pastel y un pañal grueso, sosteniendo un peluche.

—Hola... soy Alex —dijo el niño en voz baja, con un ligero rubor en las mejillas—. A mí... eh... también me gustan los pañales.

Los ojos de Thomas se iluminaron. "¿En serio? ¡Yo también!", chilló. "¡Entra, ven a jugar!"

Dentro, los dos gateaban juntos por la suave alfombra, sus pañales crujiendo con cada movimiento. Colocaban muñecas y peluches en fila, dándoles de comer con biberones diminutos y riendo mientras se arrullaban.

La regresión de Thomas

"Qué divertido", dijo Thomas, entregándole a Alex una muñeca pequeña. "Mi mamá y mi abuela me dejan usar pañales todo el tiempo y biberones en cada comida... ¿y tú?"

Alex asintió. «Sí... mi mamá también. A veces incluso me deja dormir en una cuna... como a ti».

La madre de Thomas sonrió discretamente desde la cocina, mientras su abuela se mecía suavemente en su silla. «Es maravilloso verlos juntos», susurró. «Ambos, pequeños y felices, y cómodos».

Los niños gateaban, intercambiaban muñecos y se reían de sus pequeños contratiempos. Thomas sintió una calidez que no había sentido antes, no solo por sus biberones o el crujido de su pañal, sino por ver a alguien igual a él. No estaba solo.

Después de un rato, su madre se arrodilló a su lado. «Thomas... ¿te gusta el camisón y las bragas? ¿Jugando así?»

—¡Me encanta, mami! —dijo, meneándose alegramente—. Me gusta ser pequeño... y desordenado... y usar ropa bonita.

Su abuela añadió: «Está aceptando su pequeñez, e incluso explorando... jugando más como una niña. Le sienta bien».

Thomas abrazó a su conejo, mirando a Alex. "Podemos ser pequeños juntos... con nuestros pañales, biberones... y muñecas", susurró.

—¡Sí! —dijo Alex, sonriendo tímidamente—. ¡Igual que los bebés!

Por la tarde, los niños reían suavemente, gateaban por la habitación y alimentaban a sus muñecas con biberones diminutos. La madre y la abuela de Thomas observaban en silencio, con el corazón lleno de amor y comprensión. Comprendieron con más claridad que nunca que Thomas era más feliz siendo pequeño, con todos los cuidados necesarios y explorando el juego femenino, especialmente con una compañera que lo comprendiera.

Mientras Thomas se recostaba en su cuna para dormir la siesta, con el pañal grueso bajo el camisón y los biberones y muñecas a su lado, se sentía completamente seguro, completamente querido y completamente pequeño. Y con la visita de Alex, se dio cuenta de que había otros como él en el mundo: otros que entendían los

La regresión de Thomas
pañales, los desastres, los biberones y la alegría de ser completamente pequeño.

“Me gusta ser pequeño... y tener amigos que me quieran”, le susurró a su conejo.

—Y te queremos tal como eres, mi amor —dijo su madre suavemente, cepillándole el pelo—. Tan pequeño, tan mojado, tan amado... perfecto, Thomas.

Capítulo 9: Pequeños pasos hacia Lily

La mañana llegó con otra sorpresa. Bostezó, con el grueso pañal abrigado bajo su camisón color pastel, y abrazó a su conejo. Hoy, su madre tenía algo nuevo para él, un paso hacia el descubrimiento de otra parte de sí mismo.

"Thomas", llamó su madre suavemente, sosteniendo una pequeña percha, "hoy tengo un atuendo especial para ti".

Thomas se acercó gateando, con la curiosidad brillando en sus ojos. En la percha había un vestido suave, rosa pálido, un poco más largo que su camisón, con delicados volantes en el dobladillo y un delicado encaje en las mangas.

"¿Es... para mí?" preguntó tímidamente.

—Sí, cariño —dijo, arrodillándose a su lado—. Seguirás usando el pañal, seguirás tomando el biberón... pero este vestido es solo para jugar en casa. Algo suave, abrigado y bonito, para que explores... tu lado más pequeño.

Thomas dudó un momento, luego rió y asintió. "De acuerdo... quiero intentarlo".

Su abuela sonrió cálidamente desde su mecedora. «Está listo. Poco a poco, está explorando las partes de sí mismo que siempre ha conocido».

La madre de Thomas lo ayudó a ponerse el vestido, ajustándolo sobre el grueso pañal. Giró ligeramente, riendo al oír el suave roce de la tela sobre la arruga de debajo. "Es... suave... y bonito", susurró.

La regresión de Thomas

—Sí, cariño —dijo su madre, echándole el pelo hacia atrás—. Y te ves maravilloso. Perfectamente pequeño... perfectamente tú.

Durante la siguiente hora, Thomas jugó con sus muñecas, acunándolas con ternura y dándoles de comer con biberones. Empezó a imitar gestos suaves y cariñosos: les acariciaba el pelo, les hacía arrullos suaves y les hablaba con voz suave y aguda.

—Mira —le dijo su abuela en voz baja a la madre de Thomas—, se está adaptando a esto con naturalidad. Es cariñoso, protector... comportamientos de niña pequeña. Le sienta bien.

—Exactamente —susurró su madre—. No lo obligamos a nada. Solo lo dejamos explorar. Biberones en cada comida, pañales, mimos... y ahora vestidos suaves y juegos suaves.

Thomas se metió en su cuna con sus muñecas, con el grueso pañal crujiendo bajo él, y abrazó a su conejo. "Mamá... Abuelita... Me gusta ser pequeño... usar ropa bonita... alimentar a mis bebés..."

—Estás perfecto así, mi pequeño —dijo su madre suavemente, levantándolo con delicadeza. Le acarició el pelo y le besó la frente—. Todo mojado, todo pequeño, todo amado... y aprendiendo más sobre quién eres por dentro.

Su abuela asintió. «Y dejaremos que dé cada paso a su propio ritmo. Hoy un vestido, mañana quizás más... el mundo de las pequeñas cosas está abierto ante él».

Mientras el sol de la tarde se filtraba por las ventanas, Thomas jugaba tranquilamente, bebía de sus biberones en cada comida y dormía la siesta en su cuna. Cada crujido de su pañal y el suave roce del vestido sobre él le recordaban que estaba a salvo, cuidado y completamente pequeño.

—Creo que... me gusta ser una niña pequeña —susurró Thomas tímidamente a su conejo.

—Y tú nos caes bien, mi amor —dijo su madre suavemente, rozándole la mejilla—. Tan pequeño, tan niña, tan querido... y tal como debes ser.

Con suaves risitas, palabras tiernas y el consuelo de los pañales y los biberones, Thomas comenzó a abrazar otra faceta de sí mismo, una que poco a poco lo guiaría a convertirse en Lily,

La regresión de Thomas
totalmente nutrida, totalmente cuidada y completamente pequeña
en casa.

Capítulo 10: Aceptación y secretos

El sol de la mañana brillaba a través de las ventanas del aula, pintando cálidas vetas sobre los pupitres. Lily —el nuevo nombre de Thomas en la escuela, elegido con el apoyo incondicional de su madre y su abuela— estaba sentada tranquilamente en su pupitre, con su suave vestido color pastel cubriendo con esmero su grueso y arrugado pañal.

La enfermera de la escuela, la Sra. Linton, la había ayudado discretamente durante todo el día, asegurándose de que Lily estuviera cómoda. Al principio, otros estudiantes lo notaron, susurrando y riendo, pero con el tiempo, muchos se habían acostumbrado.

—Oye, Lily —susurró una chica desde el escritorio de al lado—, tu vestido es muy bonito . Y... eh... está bien que uses pañales, ¿verdad?

Lily asintió, ruborizándose levemente. "Sí... Mamá y abuela, ayúdenme... y la enfermera... todo bien".

Algunos chicos, sentados tranquilamente al fondo, intercambiaron miradas. Uno de ellos, un tímido llamado Daniel, se inclinó. "Lily... yo... todavía uso bragas a veces en casa", admitió en voz baja. "Nadie lo sabe... pero... es bastante agradable".

Otro chico, Michael, asintió. «Yo también... solo de noche. Pero verte... me hace sentir... normal. Como si estuviera bien».

Los ojos de Lily se abrieron un poco. "¿En serio? ¿Tú... tú también los usas?"

—Sí —susurró Daniel—. Es solo... un secreto. Pero... no es raro. Me... gusta estar cómodo.

Lily sonrió tímidamente, sintiendo una oleada de alivio y aceptación. Por primera vez, se dio cuenta de que algunos de sus

La regresión de Thomas

compañeros comprendían su pequeño mundo, aunque fuera en silencio. No estaba sola.

"¿Ves?", dijo la Sra. Linton con dulzura, observando desde el otro lado de la sala. "Ser uno mismo... plenamente, con delicadeza... siempre es la mejor opción. Puede que algunas personas no lo entiendan al principio, pero otras... sí. Has encontrado a algunas que sí lo entienden."

Durante el almuerzo, Lily bebió de su biberón, colocado discretamente junto a su bandeja. Un par de niñas susurraban palabras de aliento, mientras que Daniel y Michael sonreían tímidamente, mostrándose comprensivos. Lily sintió una pequeña punzada de felicidad. Ser completamente pequeña, usar ropa femenina y ser aceptada por sus compañeros era un sueño que jamás había creído posible.

Después de la escuela, Lily regresó a casa y se metió en su cuna para echarse una siesta. Su grueso pañal estaba abrigado, el suave camisón crujía y tenía un biberón cerca; se sentía completamente segura y querida.

Su madre se arrodilló a su lado. "¿Qué tal tu día, Lily?"

—Bien, mami. Todos me aceptaron —dijo en voz baja—. Y algunos chicos... también usan bragas, como yo.

Su madre sonrió cálidamente. "¿Ves? No estás sola. La gente puede entender, aunque sea en silencio. Y tú... eres completamente tú misma. Mojada, sucia, pequeña, y ahora, una niña también."

Su abuela se mecía suavemente en su silla. «La pequeña Lily... segura, cuidada y descubriendo un mundo donde ser pequeña no es vergonzoso. Es algo hermoso».

Lily se acurrucó con su conejo, con el pañal grueso y cálido debajo de su camisón, y susurró para sí misma: "Me gusta ser yo... pequeña y... Lily".

Su madre le acarició el pelo con ternura. «Y tú nos gustas, mi amor. Siempre y por completo. Toda pequeña, toda mojada, toda amada y toda Lily».

Por primera vez, Lily sintió la alegría de ser plenamente aceptada en casa, en la escuela e incluso por quienes compartían en

La regresión de Thomas
silencio su mundo secreto. Biberones, pañales, vestidos, palabras
amables y aceptación se entrelazaron para crear una vida donde
pudo explorar y abrazar su verdadero yo con seguridad.

Capítulo 11: Totalmente Lily

La luz de la mañana entraba a raudales en la habitación, proyectando una cálida luz dorada sobre el suave camisón color pastel de Lily. Con un pañal grueso y crujiente abrigado debajo, bostezó y se estiró, abrazando a su conejo. Hoy era un día especial. Se sentía lista para ser una niña abierta y plena en la escuela, mientras que en casa podía disfrutar de la comodidad de la infancia.

Su madre se arrodilló junto a su cuna, apartándole un mechón de pelo. «Lily... ¿estás lista?»

—Sí, mami —susurró con voz suave y dulce—. Quiero ser yo misma, una niña, y pequeña.

Su abuela sonrió cálidamente desde la mecedora. «Y te ayudaremos, cariño. A cada paso, a cada momento».

En la escuela, Lily entró al aula con seguridad, con su vestido pastel ondeando sobre su grueso pañal. Se oyó el crujido, pero a nadie pareció importarle; sus compañeros, ya receptivos, sonrieron y asintieron.

—¡Hola, Lily! —susurró Daniel—. ¡Te ves... muy feliz!

—Gracias —dijo Lily en voz baja, girándose ligeramente—. Me... me siento bien. Como yo.

Incluso los chicos que habían admitido en silencio su feminidad secreta asintieron con ánimo. Michael susurró: «Me alegra verte siendo tú misma. Ojalá yo también pudiera».

La Sra. Linton, la enfermera, ayudó a Lily discretamente durante todo el día, asegurándose de que sus pañales estuvieran limpios y cómodos. Se permitían biberones en las comidas, aunque algunos se bebían a sorbos en silencio, otros completamente. La dulce libertad de ser Lily en la escuela la llenaba de orgullo y consuelo.

La regresión de Thomas

Después de la escuela, Lily regresó a casa. En cuanto cruzó el umbral, su mundo de infancia la envolvió. Pañales gruesos, camisones suaves y vestidos pastel eran la norma. Su madre y su abuela la recibieron con cariño, sosteniendo biberones y juguetes.

“Lily, mi pequeña”, la susurró su madre, levantándola para sentarla en su regazo, “es hora de volver a ser completamente pequeña”.

—Sí, mami —susurró Lily, acurrucándose en los brazos de su madre. Se prendió con entusiasmo para una breve sesión de lactancia; el calor y la leche la llenaron de una profunda sensación de seguridad. Con el grueso pañal ajustado bajo ella, sintió la familiar satisfacción de la infancia que siempre había amado.

Su abuela preparó una cuna cerca. «Y ahora, es hora de la siesta, pequeña Lily», dijo. «Toda cómoda, toda segura, toda pequeña».

Lily se metió en la cuna, abrazando a su conejo y acomodando cuidadosamente sus muñecas a su lado. Había biberones cerca, esperando para comer más tarde. Su suave camisón crujío sobre el grueso pañal mientras se quedaba dormida, sintiéndose completamente pequeña, completamente querida, completamente ella misma.

Por la tarde, jugaba tranquilamente, arrullando a sus muñecas, bebiendo de biberones en cada comida y disfrutando de los cuidados de su madre y su abuela. Cada crujido, cada biberón, cada roce suave le recordaban que ya no necesitaba ocultar nada de sí misma.

“Me gusta ser Lily, una niña y pequeña”, le susurró a su conejo, con los ojos pesados por el sueño.

—Y tú nos gustas, querida —dijo su madre suavemente, cepillándole el pelo—. Tan pequeña, tan femenina, tan querida. Plenamente Lily, en casa y en el mundo.

Su abuela asintió. «Has encontrado tu lugar, pequeña. Eres tú misma, estás bien cuidada y eres completamente feliz».

Lily se acurrucó en su cuna, abrigada por el grueso pañal, el camisón suave y calentito, los biberones cerca, las muñecas

La regresión de Thomas

ordenadas a la perfección. Por primera vez, se sintió en paz con ambas facetas de su ser: una niña segura y abiertamente femenina en la escuela, y una bebé completamente nutrida en casa, completamente amada, completamente segura y completamente pequeña.

Capítulo 12: Pequeños amigos, pequeños secretos

El suave sol de la mañana iluminaba el camisón color pastel de Lily y el crujido de su pañal debajo. Bostezó y se estiró, abrazando a su conejo, antes de oír un suave golpe en la puerta.

—¡Lily! ¿Estás lista? —gritó la madre de Alex desde afuera.

—¡Sí! ¡Pasa! —dijo Lily con entusiasmo, gateando para abrir la puerta. Alex entró, vestido con un pelele rosa suave sobre un pañal grueso, con su propio conejito de peluche bajo el brazo.

—Hola, Lily —susurró Alex tímidamente—. Yo... eh... traje algunos de mis biberones y muñecas para jugar contigo.

Los ojos de Lily se iluminaron. "¿En serio? ¡Sí! ¡A jugar!"

Se acomodaron en la suave alfombra de la sala, con los gruesos pañales crujiendo al gatear juntos. Había biberones cerca, las muñecas ordenadas con cuidado, y la habitación se llenó de suaves arrullos y risitas juguetonas.

Después de un rato, Alex se acercó, con la voz apenas un susurro. «Lily, ¿puedo contarte algo? ¿Un secreto?»

—Claro, Alex —dijo Lily con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa?

Alex respiró hondo, abrazando a su conejita con más fuerza. "A mí... a mí me gusta ser niña a veces. Mamá y papá... me ayudan. Me dejan usar vestidos y bragas, y... también me dan biberones y pañales, igual que a ti".

Lily parpadeó, abriendo mucho los ojos de sorpresa y emoción. "¿En serio? ¿Tú... tú también usas vestidos y pañales?"

La regresión de Thomas

Alex asintió tímidamente. «Sí, solo en casa, pero me siento bien. Me ayudan y no me hacen sentir raro. Yo... soy feliz así».

El rostro de Lily se iluminó con una tímida sonrisa. "Yo también. Ahora soy Lily y... me gusta ser pequeña y niña, y tener pañales y biberones..."

Los ojos de Alex se iluminaron. "¿Ves? ¡Somos iguales... más o menos!"

Pasaron el resto de la mañana gateando, alimentando a las muñecas con biberones y hablando en voz baja sobre las pequeñas cosas que amaban: camisones suaves, vestidos color pastel, juguetes de peluche y la comodidad de los pañales gruesos.

Durante un descanso, la madre de Lily le dio un biberón calentito. «Aquí tienes, pequeña Lily», dijo en voz baja. «Como siempre».

Alex observaba con los ojos abiertos. "¡Guau! Tu mamá te ayuda a sentirte pequeño, completamente pequeño".

—Sí que lo hace —susurró Lily, bebiendo un sorbo de leche—. Y mi abuela también. Se siente perfecto.

Alex asintió. «Mis padres... también me ayudan. Me entienden. Yo... no sabía que nadie más fuera como yo hasta que te conocí».

Lily se acercó y le tomó la mano con ternura. "Podemos... ser pequeñas juntas y niñas juntas... sin tener que ocultarlo".

Alex sonrió tímidamente. «Sí, juntos».

La tarde transcurrió entre juegos tranquilos, biberones en cada comida, arrullos a las muñecas y suaves abrazos con sus peluches. Los gruesos pañales crujían bajo los vestidos y peleles pastel, y ambos niños reían en voz baja ante los pequeños contratiempos, sintiéndose completamente seguros y comprendidos.

A la hora de la siesta, Lily y Alex se acurrucaron en cunas separadas, con los biberones cerca y las muñecas a su lado. Pañales gruesos y cómodos, camisones y peleles suaves, se quedaron dormidos con el corazón lleno de consuelo y aceptación.

La regresión de Thomas

—Ser pequeña y ser yo no da miedo —le susurró Lily a su conejo, mirando de reojo la figura casi dormida de Alex que estaba cerca.

—No —murmuró Alex, casi en un sueño—. Es... perfecto.

Sus madres y abuelas observaban en silencio desde cerca, sonriendo. Dos niñas, plenamente comprendidas y cuidadas, exploraban juntas el dulce mundo de la infancia y la identidad femenina. Biberones, pañales, muñecas, ropa suave y cariño, todo ello formando un mundo donde ser pequeña, ser niña y ser plenamente aceptada eran una sola cosa.

Capítulo 13: La primera pijamada

Por fin había llegado el fin de semana y Lily rebosaba de emoción. Hoy no era un día cualquiera. Era su primera pijamada con Alex. Con el pañal grueso abrigado bajo su suave camisón color pastel, gateó hasta la sala, donde su madre y su abuela estaban preparando un rincón acogedor.

—¿Estás lista, Lily? —preguntó su madre suavemente, apartando un mechón de cabello.

—¡Sí, mami! —canturreó Lily, agarrando a su conejo—. ¡Alex viene pronto!

Poco después, llamaron suavemente a la puerta. La madre de Alex se asomó, sonriendo. «Está listo, y ella también», dijo. Alex entró en la habitación, vestido con un pelele rosa suave sobre su pañal grueso, agarrando a su conejito de peluche.

—Hola, Lily —susurró tímidamente—. Yo... también traje mis biberones y mis muñecas.

¡Sí! ¡Ven a jugar! —dijo Lily riendo, sosteniendo a su conejo. Los dos gatearon hasta la alfombra, con los gruesos pañales crujiendo al acomodar a sus muñecas una al lado de la otra. Los biberones estaban al alcance de la mano, y el aire se llenó de suaves arrullos y risas suaves.

—¿Quieres probar algo nuevo esta noche? —preguntó suavemente la madre de Lily.

Lily ladeó la cabeza. "¿Qué pasa?"

"Una cuna compartida", dijo su madre, señalando una cuna más grande, estilo infantil, con mantas y almohadas suaves. "Tendrán espacio, pero podrán dormir juntos, como amiguitos. Biberones cerca, pañales abrigados, todo abrigado y seguro".

Alex abrió mucho los ojos. "¿En serio? ¿Una cuna compartida?"

La regresión de Thomas

—Sí —dijo su madre—. Es solo por esta noche. Una pijamada especial, segura, acogedora y pequeña.

A la hora de dormir, los niños fueron guiados a la cuna. Los gruesos pañales crujían bajo los suaves camisones y peleles. Les dieron biberones, y ambos niños rieron en voz baja mientras se acomodaban con sus muñecas y peluches.

—Esto es bonito —susurró Alex, abrazando a su conejito.

—¡Lo sé! —susurró Lily, ajustándose el camisón sobre el pañal—. ¡Es acogedor, pequeño y seguro!

Se turnaban para beber de sus biberones, alimentar a sus muñecas y susurrar sobre sus cosas favoritas: ropa suave, vestidos pastel, pañales y la comodidad de ser pequeños. Cada crujido de sus pañales y cada sorbo de sus biberones les recordaba lo seguros y cuidados que estaban.

En un momento, Alex susurró: “Lily, me siento muy feliz de ser pequeña y niña contigo”.

Lily sonrió tímidamente. «Yo también, Alex. Me siento segura, pequeña y feliz».

Sus madres observaban en silencio desde cerca, sonriendo al verlos. Dos niños, plenamente aceptados y cuidados, exploraban el juego suave y las rutinas compartidas de los bebés. Biberones, pañales, muñecas, camisones suaves y peleles, todo formaba un mundo donde ser pequeños juntos era alegre y completamente natural.

Finalmente, los dos niños se acurrucaron en la cuna compartida, con pañales gruesos bien abrigados, biberones a su lado y muñecas bien abrigadas. Se susurraron suavemente a sus juguetes y entre ellos hasta que el calor y la suave sensación de bienestar los arrullaron hasta quedarse dormidos.

Lily acurrucó a su conejo y murmuró suavemente: “Ser pequeña y ser Lily es perfecto... especialmente con amigos como Alex”.

—Y a mí me gusta ser yo contigo —susurró Alex mientras dormía, abrazando fuertemente a su conejito.

La regresión de Thomas

Fuera de la cuna, sus madres intercambiaron sonrisas. «Han encontrado un mundo donde ser pequeños, recibir cuidados y ser ellos mismos es seguro y alegre», dijo la madre de Lily.

"Y seguirán creciendo en él", añadió su abuela. "Juntos, plenamente cuidados, plenamente amados, plenamente pequeños".

La primera pijamada compartida terminó tranquilamente, con pañales gruesos, camisones y peleles suaves, biberones listos, y dos niñas sintiéndose completamente seguras y completamente ellas mismas: Lily, como una niña pequeña, y Alex, como su amiga, igualmente pequeña y femenina. Dos pequeñas bebés crecían juntas lentamente.

Capítulo 14: Alicia y Lily

El sol entraba a raudales por la ventana, resaltando los suaves tonos pastel del camisón de Lily y el crujido de su abrigado pañal. Hoy era otra cita especial para jugar, una que había esperado con ilusión toda la semana.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Alex. La madre de Lily abrió, sonriendo. Pero cuando la puerta se abrió por completo, los ojos de Lily se abrieron de par en par, sorprendida.

—Hola... ahora soy Alicia —susurró la niña suavemente, entrando. Llevaba un vestido pastel sobre un pañal grueso, el pelo recogido con un pequeño lazo y sostenía su conejito de peluche cerca de ella—. Alex... o sea... soy Alicia. Ese es mi nombre ahora.

El rostro de Lily se iluminó con una sonrisa tímida. "¡Alicia! ¡Me gusta! ¡Me gustas!"

Las mejillas de Alicia se sonrojaron levemente y extendió su pequeña mano. "¿En serio? ¿Todavía quieres jugar conmigo?"

—¡Sí! —dijo Lily en voz baja, tomando la mano de Alicia. Sus dedos se entrelazaron con naturalidad, los gruesos pañales crujiendo bajo los suaves vestidos color pastel mientras gateaban juntas sobre la alfombra.

La madre y la abuela de Lily observaban desde cerca, sonriendo. «Están descubriendo consuelo no solo en ser pequeñas, sino también en ser amigas y quizás algo más», susurró su madre.

Las dos niñas acomodaron sus muñecas una al lado de la otra, alimentándolas con biberones pequeños y arrullándolas suavemente. Bebían biberones en cada comida, y los gruesos pañales crujían bajo sus camisones mientras jugaban.

—Me gusta ser pequeña y una niña contigo, Alicia —susurró Lily, sosteniendo suavemente la mano de Alicia mientras le ajustaba el vestido.

La regresión de Thomas

Alicia sonrió tímidamente. «A mí también me gusta, Lily, ser pequeña y una niña contigo».

Pasaron la tarde gateando, intercambiando muñecas, riendo discretamente y hablando en voz baja sobre la comodidad de estar completamente cuidadas. La madre de Lily les cambiaba los pañales discretamente, tenían biberones cerca para cada sorbo, y las dos niñas disfrutaban de la seguridad de su pequeño mundo compartido.

Durante un momento de tranquilidad, Lily apoyó la cabeza en su conejo, y Alicia le tomó la mano con ternura. «Me siento segura y pequeña... y feliz», susurró Lily.

—Yo también —dijo Alicia en voz baja—. Ser Lily, ser Alicia contigo... es perfecto.

Más tarde, sus madres colocaron a ambas niñas en una cuna compartida para la siesta. Había biberones cerca, muñecas arropadas a su lado, y los gruesos pañales crujían suavemente bajo los camisones de color pastel. Sus dedos permanecieron entrelazados, una silenciosa promesa de amistad y dulce compañía.

Mientras las niñas se quedaban dormidas, Lily murmuró para sí misma: "Ser pequeña, ser Lily y tomar la mano de Alicia es perfecto".

—Y nos caen bien, mis queridos —susurró la madre de Lily—. Tan chiquitas, tan desordenadas, tan queridas, tan Lily y tan Alicia.

Su abuela asintió. « Dos niños, plenamente aceptados y cuidados. Seguros, felices y descubriendo su verdadero yo juntos».

La habitación estaba llena de calidez, el suave susurro de los camisones, el crujido de los pañales y la tranquila presencia de dos niñas abrazando su pequeñez, su feminidad y la comodidad de estar juntas.

Capítulo 15: Las madres hablan

El sol de la tarde se derramaba en la sala, proyectando una cálida luz sobre la tranquila escena. Lily y Alicia acababan de terminar una larga y tranquila sesión de juegos: las muñecas ya habían comido, los biberones estaban vacíos y los pañales gruesos se abrigaban bajo sus camisones de color pastel. Ambas niñas estaban acurrucadas en la suave alfombra, cogidas de la mano y arrullando suavemente a sus juguetes.

La madre de Lily miró a la madre de Alicia, que había entrado para ayudar con la cita de juegos. Se sonrieron, sabiendo que las niñas estaban completamente inmersas en su pequeño mundo.

“Es maravilloso verlos así”, dijo la madre de Lily en voz baja. “Tomados de la mano, jugando con sus muñecas, tan pequeños y tan felices juntos”.

La madre de Alicia asintió. «Sí, y ahora lo ha aceptado por completo. Pañales, biberones, vestidos suaves e incluso ensucia los pañales en casa, igual que Lily. Creo que ver a Lily la ayudó a sentirse lo suficientemente cómoda como para soltarse por completo».

La mirada de la madre de Lily se suavizó. «Tiene sentido. Lily ha sido pequeña y ha recibido todos los cuidados necesarios durante tanto tiempo, y al ver a su compañera aceptada, querida y libre... Alicia se siente lo suficientemente segura como para hacer lo mismo. Es feliz, pequeña y plenamente ella misma».

“Nunca imaginé que se adaptaría con tanta naturalidad”, admitió la madre de Alicia. “Siempre ha sido un poco tímida, pero con Lily, se relaja, arrulla, disfruta de sus biberones y pañales. Es como si por fin hubiera encontrado el hogar y la aceptación que necesitaba”.

La madre de Lily asintió. «Por eso lo hacemos. Los biberones, los pañales, los camisones, las muñecas y el cuidado delicado. Son

La regresión de Thomas

más felices cuando pueden aceptar plenamente su pequeñez y feminidad. Y ahora se tienen la una a la otra para compartirlo».

Las dos madres observaron en silencio cómo las niñas gateaban juntas, y se oía el crujido de los gruesos pañales bajo los suaves camisones color pastel. Alicia apoyó la cabeza suavemente en el hombro de Lily, mientras las dos susurraban a sus muñecas y bebían de sus biberones.

“Están formando un vínculo increíble”, dijo la madre de Lily en voz baja. “No solo amistad... sino consuelo, confianza y... comprensión. Ambas pequeñas, ambas plenamente aceptadas. Es hermoso”.

La madre de Alicia sonrió, apartándole un mechón de pelo de la cara. “Y es increíble ver con qué libertad lo ha aceptado todo: los pañales, los biberones, el juego suave. Ahora es Alicia por completo, pequeña y querida... igual que Lily es Lily por completo”.

—Sí —coincidió la madre de Lily—. Y tenerlos a ambos juntos, explorando, tomados de la mano, jugando, los fortalece. Están seguros, cuidados y son completamente ellos mismos. Nada más importa.

Mientras las niñas se acomodaban en su cuna compartida para la siesta, con los gruesos pañales crujiendo bajo los suaves camisones, las madres seguían observando en silencio. Con los biberones a sus lados, las muñecas abrigadas, los dedos aún entrelazados, Lily y Alicia se quedaron dormidas.

“Se han encontrado el uno al otro y a sí mismos”, susurró la madre de Alicia.

“Y siempre estaremos aquí”, dijo la madre de Lily con dulzura. “Para apoyarlas, cuidarlas y dejar que sean plenamente pequeñas, plenamente femeninas y plenamente amadas”.

La habitación estaba en silencio, llena solo de suaves respiraciones, suaves arrullos, el roce de los camisones y el crujido de los pañales. Dos niñas, completamente felices, completamente cuidadas y completamente ellas mismas, Lily y Alicia, completamente pequeñas, completamente femeninas y completamente amadas.

La regresión de Thomas